EL RADICAL

ÓRGANO LOCAL DEL PARTIDO

Año I | Redacción y Administración: Canalejas, 152 - 1.º | Ferrol, 16 de Noviembre de 1935 | Se publica los sábados No se devuelven los originales | Núm. 28

DE TODOS LOS DIAS

CIUDADANIA

Choques como los ocurridos en nuestra ciudad y en Vigo el pasado sábado y, el domingo en Compostela, entre elementos intitulados fascistas y antifascistas, por lo constante e inusitado de su repetición, iba siendo hora llegada de que por parte de quienes tienen la obligación inexcusable de velar por la tranquilidad y salvaguardia pública fuese puesto coto.

La incivilidad, repetimos nuevamente lo que muchas veces hemos ya dicho, parece haber tomado carta de naturaleza en una parte de la juventud, sirviendo la grosería, el exabrupto y la majeza para caracterizar rasgos de mayor hombría.

Y esas majezas, esas brabuconerías, terminan por hallar su culminación exaltada dando categoría al puñal y a la pistola homicida. Lo acabamos de ver; en el transcurso de dos días, en Galicia tan sólo, hánse registrado tres casos.

Esa muchachada de Falange E s p a ñ o l a provocadora, insolente y subversiva a todo evento por lo anormal de su actuar como institución política—o lo que sea—va a ser cosa de tenerla que atajar en reacción liberal y ciudadana por procedimientos de expeditiva y contundente eficacia. Y, si no se someten a las normas de convivencia y respeto recíproco y común entre ciudadanos, colocarlos fuera de la ley, como se hace cuando las conveniencias de la Patria y de la sociedad así lo exigen, cortando el paso en su origen a la invasión de los modernos bárbaros. No basta clausurar sus centros. Algo más eficaz se hace preciso.

En las autoridades subalternas, en los agentes dependientes de la verdadera autoridad, tampoco se acierta a explicar la ausencia en el despliegue del celo inherente al cumplimiento de sus funciones. Más bien que los cacheos frecuentes e ineficaces que se efectúan en calles y establecimientos públicos, convendría que los tales señores abordaran el problema más en su raíz, más en su entraña. Tienen la obligación de conocer el desenvolvimiento de la vida de la localidad en que actúan y la moral de sus conciudadanos. Fácil les sería—si quisieran—hacerse con muchas de las numerosas armas que clandestinamente se guardan por ahí, antes de que de las tales se hiciera uso. Y conocer el qué y el porqué de la vida y existencia de determinados sujetos, malogrando en embrión las causas determinantes de los efectos que producen por demás lamentables es este un tema al que cualquier día se nos ocurrirá dedicar atención y que no dejen lugar a dudas.

Y sobre la facilidad con que se sale de la cárcel por tenencia ilícita y disparo de armas de fuego, también.

Y de muchas más cosas.

PRESAGIOS

Muchos adoradores del fascismo italiano andan malhumorados al ver las consecuencias ruinosas para la Humanidad que pueden acarrear sus propósitos belicosos e intransigentes. La existencia de personas ilusionadas con que los olmos diesen peras, me había parecido siempre un tópico sin realidad. Ahora advierto que tienen esencia y presencia efectivas. Son ésas a quienes aludo. Pues ¿qué otros frutos sino los que contemplamos aterrados podía dar el régimen fascista?

Una dictadura de clase acaba necesariamente en la retractación (caso de Rusia), o en la anarquía demagógica. Una dictadura personal desemboca indefectiblemente en el imperialismo conquistador. Cuando se posee un poder absoluto, incontrastable, absorbente, que no crea—porque no las puede crear—la felicidad, ni la riqueza, ni la calma, el dictador tiene que renovar la ilusión de sus secuaces y justificar que continúe la opresión de los vencidos mediante espectaculares empresas exteriores que hablen de expansión, de grandezas económicas, de laureles guerreros, de botín apetitoso... La alternativa para el dictador es ésta: conquistar o suicidarse.

No creo que la Sociedad de Naciones, ni las gestiones diplomáticas, ni ningún género de sugestiones pacíficas, logren desviar de su empeño a Mussolini. Bien enterado estará él de que si no aplasta a alguien en el exterior, será él mismo aplastado en su patria.

Sobre el supuesto de que la lucha armada sea inevitable, conviene tantear los resultados.

Supongamos que Italia vence a Abisinia, que es lo más probable. Ello no será el fin de un ansia imperialista, sino un comienzo razonado. Hoy, Italia se lanza al empeño, sin más argumento que éste: "porque quiero". Mañana, triunfadora, acentuará la táctica con este otro argumento más valioso: "porque puedo". Demostrado que quiere, que puede y que los demás pueblos se lo consienten, ¿por qué se ha de detener? ¿No habrá por ahí en las colonias de los pueblos débiles, en las pequeñas nacionalidades de la Europa oriental, algún trozo de tierra útil para el acomodo del sobrante del pueblo italiano? El que juega y pierde, acaso no vuelva a jugar. El que juega y gana, es seguro que reincide.

Pero, en fin, las guerras de conquista guardan muchas sorpresas y aun siendo verosímil, no es absolutamente segura la derrota de Abisinia. ¿Qué ocurriría en este supuesto? Naturalmente, se hundirían Mussolini, su hueste y su sistema. Más fuertes eran Napoleón y los suyos y en cuanto fueron abandonados de la fortuna militar se hicieron polvo. Ahora no caería el fascismo para dejar paso a un orden parlamentario de Nitti o al partido popular del abate Sturzo. Italia sería presa de una revolución comunista. Todo el socialismo italiano, que no ha muerto, sino que yace en estado cataléptico, se levantaría enfurecido y sanguinario, para aprovechar la ocasión del desquite. Los elementos liberales mirarían con simpatía el movimiento pensando que con la nueva tiranía no habría de irles peor que con la anterior. Y los vencidos, harto harían con sortear el castigo de la derrota. Una cristalización soviética sería inevitable. Y con ella las eventualidades del contagio en pueblos de temperamento, necesidades y formaciones análogas. Especialmente Francia y España.

Por otro lado, si la guerra adquiere un tono de lucha de raza y contribuye a excitar el movimiento panislámico, ¿qué complicaciones surgirán en el continente africano para funciones que ejercen en él colonatos o protectorados? En cuanto aquel aspecto se manifieste no habrá para esos pueblos—entre ellos el nuestro—minuto de tranquilidad.

Resta todavía una última y trascendental amenaza. En la misma hipótesis del antagonismo racial que dé a la contienda un aspecto de supremacía de los blancos sobre los hombres de color, ¿qué hará el Japón? Su disposición de ánimo ha aparecido no hace muchos días en los periódicos. El peligro amarillo traído y llevado desde hace un siglo, tendría ahora ocasión para cristalizar. Si un pueblo europeo puede atacar a otro de continente distinto, con el único motivo de que lo necesita para su expansión y los demás se lo consienten, ¿no alegará el Japón idéntica necesidad para hacer lo que le venga en ganas? El también precisa extenderse y en cuanto se repute lícita la guerra para conseguirlo, la plantearía donde se le antoje, en Asia, en Africa o en Europa misma. El Derecho mientras subsiste, contiene y obliga a todos. En cuanto se permite que uno lo rompa, ¿por qué no lo han de romper los demás? Es árbol caído, y cada cual se lleva la leña que le apetece, si puede cogerla.

No creo haber expuesto, en estas perspectivas tenebrosas, nada que no esté al alcance de todo el mundo. Estos datos para enjuiciar son vulgarísimos y ruedan todos los días por las informaciones periodísticas. En la síntesis que dejo trazada, todo responde a realidades visibles y claras.

Es ahora, ahora mismo, cuando los pueblos pacíficos y clarividentes deben poner en práctica el esfuerzo supremo de que sean capaces. Ahora, para evitar. Luego, será tarde para corregir.

Unos países por temor, otros por habilidad, dilatan la actividad severa de la Sociedad de Naciones que cabría esperar. Por las trazas, se dejará llegar la agresión cruzándose de brazos los espectadores. Grave yerro y pésima táctica. A poco que la lucha dure, los males habrán aparecido incontenibles y furiosos el cruce de intereses habrá multiplicado las dificultades, y, lo que es peor, habrán perdido su fuerza moral los que hoy podrían imponerla.

Por mero sentido de humanidad debemos los españoles poner atención en el caso y agotar nuestros esfuerzos para el triunfo de la paz. Pero es que, además, no se encuentra España tan alejada de las consecuencias del empeño bélico, como pudiera creerse en una apreciación ligera.

Angel OSSORIO.

Ciudadanos: Leed todos EL RADICAL

PARA UNOS RENOVADORES

Cuando después del 14 de Abril, hemos visto huir por Cartagena al último rey de la casa de Borbón y a su mujer e hijos por la frontera de Francia, los españoles todos—de izquierda, centro y derecha—abrigamos el convencimiento de que la monarquía y el monarquismo en España había terminado para siempre jamás.

En aquellos históricos momentos—ante la avalancha popular de entusiasmo antidinástico que desbordó no ya solamente a la ida monarquía, si que también a todas las tradicionales instituciones sobre las cuales descansaba el Trono—los más recalcitrantes monárquicos recogían velas y pasaban los unos las fronteras, mientras los otros por cobardía incalificable disimulaban su monarquismo vergonzante. Tan grande era la fuerza de la avalancha republicana que ni uno solo de los partidarios del ex Rey tuvo la valentía de exteriorizar su disgusto frente al hecho histórico fatal que puso fin a aquel estado de cosas que se caía o se derrumbaba por sí mismo.

¿Dónde estaban, o mejor dicho dónde estuvieron los monárquicos el 14 de Abril?

Si existían los tales, hemos de convenir que no los vimos en ningún sitio donde su presencia—de manera ostensible y practicamente—pudiera contribuir a evitar el derrumbe de la monarquía. Exilados los menos, gozando de todas las preeminencias políticas los más, lo cierto es que ni éstos ni aquéllos han hecho por entonces nada con el fin de evitar la caída del rey felón, digno nieto de aquel otro perjuro que en la historia es conocido con el nombre de Fernando VII.

Hoy, sin embargo, a los cuatro años de régimen republicano, los monárquicos vuelven atolondradamente a poner los ojos en el Régimen que no han sabido ni podido defender, y tratan de organizar sus huestes por todo el ámbito del país.

Hasta en Ferrol, a la faz de un pueblo eminentemente republicano los monárquicos se organizan tranquilamente como si en España desde el 14 de abril a la fecha no hubiera ocurrido nada digno de hacerles entibiar sus necios entusiasmos.

El partido que el ex joven maurista, "Antoñito" Goicoechea y Cosculluela, acaudilla—hemos nombrado a "Renovación Española" y que Dios nos renueve a todos) va a sentar de manera oficial en Ferrol sus reales (aunque nunca conseguirá sentar los reales de Alfonso XIII) como partido político. Ello a decir verdad, no nos interesaría en lo más mínimo—, por cuanto la monarquía es una cosa difunta y para siempre extinta—y si por el contrario nos ocupamos de este hecho es para darles la bienvenida al campo de la política augurándoles, desde ahora mismo, una segunda edición corregida y aumentada de aquella su cobardía del 14 de Abril, para fecha no lejana.

¿Qué nó? Pues a esperar que el tiempo llega.

El ministro de Marina ha expresado sus vehementes deseos de abordar con la más posible brevedad un plan serio de construcciones navales.

Así se expresó el ministro.

Ahora, lo que hace falta es dar efectividad a las promesas.

Y que Ferrol pueda celebrarlas.

El Censo Electoral

DEBER DE CIUDADANÍA

Todo ciudadano tiene el deber ineludible e inexcusable de reclamar el ejercicio de los derechos que le son propios y dentro de la legislación de su país le son concedidos, cuando tales derechos, por malas artes, o faltas de debida controlación le hayan colocado al márgen de su práctica.

En el Negociado de Estadística del Municipio hállanse a disposición del público las listas de inclusiones y exclusiones en el Censo Electoral.

Ningún espíritu liberal, ningún republicano efectivo, debe olvidar la responsabilidad que contrae ante la República y la Patria si su abandono lo situa en el caso de no poderlas servir con la emisión de su voluntad acudiendo a expresarla en las urnas.

Hombres o mujeres que hayan cumplido, o cumplan, "veintitrés años" antes del "30 de Noviembre del próximo año de 1936" deben figurar en el Censo Electoral.

Para facilitar tal reclamación, así como para excluir a quienes figurando en las mencionadas listas no estén en el goce del disfrute del expresado derecho deben acudir a la oficina que a tal objeto viene funcionando en el Centro Radical—Canalejas. 152-primero, hasta la fecha indicada.

¡Defendamos a Ferrol!

Ferrol no puede permanecer al margen de sus capitales problemas y a afrontarlos con fe, entusiasmo y cohesión tesonera, debe decidirse, olvidando, de momento, cuestiones de otro orden, que por sí no habrán de decidir.

¡Acordémonos de Ferrol!

Con potera

Uno que se llama "El Duende del Municipio" y que para más señas del Municipio cobra, pregunta desenfadadamente: —"¿Por qué se multa?"; pero como además de "pobre diablo"—según propia confesión—, es todo un "duende", nos cuenta un cuento bastante menos inocente y mucho peor relatado —¡claro!—que los infantiles de Calleja, en contestación a su propia pregunta.

Nosotros, que no somos ni duendes ni diablillos, pero que nos gusta ser curiosos, sin pecar de impertinentes, después de leído el relato del "Duende" se nos ocurrió, por pasar el rato, averiguar acerca de lo que el dice, y, después de nuestra curiosa indagatoria, hemos llegado a la conclusión de lo que se trataba. ¿Y saben ustedes de lo que se trataba? Pues, de nada, casi de nada. De dos señoras "marxistas" ellas, con aficiones al teatro ellas y...

¡Quién nos dera!

* * *

La impaciencia de muchos de nuestros lectores, llega al extremo de venirnos a importunar en pregunta del porqué "ese hombre que se ríe tanto"... no ha contestado todavía a la carta de su amigo "Paco P."

Cúmplenos manifestar a los preguntones que no tienen derecho alguno a impacientarse por la respuesta, pues no deben desconocer que el servicio aéro-postal no es tan rápido como el disparo de un "Bherta".

¡Tengan paciencia!...

* * *

"El clero etiope marcha a la guerra". (De los titulares de un periódico).

Bien se vé que los abisinios viven muchos años atrasados (aun de los propios españoles), pues ya aquí contamos en la historia de nuestras guerras carlistas, con clérigos guerrilleros de tan "inmarcesible" fama como lo han sido el Cura Santacruz, el "Trapense", y... demás "trabucaires".

¡Y que aun nos llamen atrasados!...

* * *

Los monárquicos en nuestro país entraron en una fase de gran actividad. Por toda España se organizan, según ellos, y, hasta aquí, en Ferrol, unos cuantos señores han tenido la humorada de organizarse con el fin de restaurar la monarquía: Grecia, Condyles y Jorje II les prestan ánimos y esperanzas. Pero los "angelitos" no saben que esto dista mucho de ser aquello Grecia, para nosotros, afortunadamente en este caso, no es España.

¡Los españoles no queremos rey! Aunque las "ranas" se empeñen.

* * *

En nuestra principal vía urbana, en las proximidades de la Puerta Nueva, hemos tenido que sonrojarnos al ver en un local desaquilado el siguiente anuncio: "Se alkila, Daran-zarón", etc.

Como se vé, la ortografía nada tiene que ver con el derecho de propiedad.

* * *

Ya estamos todos de enhorabuena. Ellos y nosotros. Así, por lo menos, lo afirmaba ayer "Ir", y hoy lo decimos en EL RADICAL. ¡Enhorabuena, pues, amigos!

Enhorabuena, porque ya en el Ayuntamiento tenemos "enchufado" a todo un ex-anarquista, exsindicalista, ex-galleguista y actualmente rabiosísimo radical. Nada menos que a todo un "ex", elevado al cubo. "Ir" se "congratula" de ello y hace por su parte ostensible la enhorabuena. Nosotros, por la nuestra—por ahí... por ahí le andamos, y claro se está que por no ser menos que "Ir", en este caso, también a nuestra vez decimos con el colega: ¡Enhorabuena!

Enhorabuena para nosotros, además, porque de sorpresa o por sorpresa, como en las tómbolas, nos tocó en suerte un administrador que para si quisieran todos. Además de no cobrar—es el único que en EL RADICAL trabaja por amor al arte—es tan cabal administrador que con objeto de descargar de gastos a nuestro semanario sabe ingeniárselas de tal manera, que acaba siempre por endosárselos al Excmo.

¿No es, pues, natural que nos asociemos a la enhorabuena de "Ir".

Pues... ¡que sea enhorabuena!

El Ferrol político

En ninguna ciudad de España —lo decimos sin afán de molestar a nadie—la política local es capaz de llegar, como está sucediendo en Ferrol, a tan bajos e innobles procedimientos como lo son siempre la difamación, la injuria y la calumnia.

Si es verdad aceptada por los más que la política no tiene entrañas—hablando en sentido general—a la vista de lo que en nuestra ciudad se practica a pretexto de hacer política tenemos que convenir forzosamente que en ningún sitio puede tener menos entrañas la política que aquí en Ferrol.

Para el ciudadano medio que no distrae ni puede distraer su atención en la política de bajos vuelos la afirmación antedicha podrá parecerle un tanto gratuita si se quiere; pero para todos cuantos observando atenta y objetivamente el fondo y la intención de las actuaciones de determinados sectores y partidos, lo que dicho dejamos más arriba no puede en modo alguno ofrecer lugar a dudas.

Si empezamos por analizar el fin y el objeto de ciertas campañas difamatorias contra los hombres representativos de la política contraria a la de quienes las propician observaremos en primer lugar que la intención que las mueve no es otra que no sea el resentimiento y la envidia. En cuanto a la forma en que a las tales campañas se envuelve—en la prensa, en la tertulia cafeteril, o en cualquier otro lugar propicio al mentidero—no puede ser ni menos noble ni tampoco más cochina. Se goza difamando de ser ni menos innoble ni tampoco calumniando e insultando. Es un gozar sangriento y criminal que lo atropella todo, todo, incluso el honor del contrario.

Pero he aquí en este punto una observación que todos a cualquier hora del día y en todo lugar donde se promueve e inspira esa política, pueden comprobar sin grandes dificultades, inmediata y rapidamente. Nos referimos al factor hombre. El hombre de mentidero o de libelo, el que goza hurgando en el honor del prójimo influído por la enemiga política, es casi siempre—¡siempre!—el ente de más baja contextura moral. Odia la honra de las personas ajenas y contra ella vá por idéntica razón que los cerdos (que con perdón así se llaman), odias y repugnan la limpieza.

A esos entes despreciables, a esos miserables desaprensivos, procaces y envidiosos, es a quienes conviene "la política sin entrañas" porque siempre vivieron y pretenden seguir viviendo, en su futuro que ellos vaticinan próximo y que nosotros rotundamente descartamos.

Son los presentes, momentos de prueba, en los que, como necesidad irrefragable, se impone un alto a la lucha, una tregua a las pasiones, para, mirando el presente,—nuncio de un futuro mejor—unirnos todos en defensa de nuestra ciudad.

¡LA GUERRA!

17 años después...

El lunes último, día once, cumplióse el diecisiete aniversario de la firma del Armisticio. Europa sangraba por los cuatro costados, 52 meses de lucha cruenta, bárbara, sin reposo para los pueblos que pisaban ya los linderos de la locura. Hambre, ruinas. Más de cuatro años en una lucha inmemorial sin consecuencias prácticas. Alemania venía arropándose en su fracaso desde el mes de septiembre. Fué el general Ludendorff quien, el 28 de ese mes, decidió en su Cuartel general, establecido en Spa, pedir condiciones para un Armisticio. Los sueños del emperador y de sus hombres de confianza se sintetizaban en la decisión del famoso general.

Darse por vencidos. Dura lección para los que se creyeron capaces de conquistar el mundo, acaso con pretensiones de resucitar las magnificencias del Sacro Romano Imperio.

Meses de angustia desde septiembre a noviembre de 1918. Si la guerra está preñada de todos los horrores, el cansancio que anuncia la derrota se hace ambiente de asfixia. Un soldado famélico se cruza en las calles de Berlín con un oficial del Estado Mayor. Lo insulta. Es la revolución que late en la entraña del pueblo escarnecido y engañado. Aquel soldado que insulta a su jefe no es un hecho aislado de locura. Es el símbolo de la Alemania que está a punto de levantarse en armas.

Kiel. Los buques de la escuadra alemana conocen una nueva bandera, un nuevo pabellón: el rojo. Los marinos se hacen dueños de la situación. Hay barricadas en las calles. El Kaiser se refugia en el Cuartel general de Spa. Tiene miedo al pueblo. Las aliadas del gran Imperio central firman la paz independientemente. Alemania queda abandonada. Wilson lanza como una cuerda al náufrago sus catorce puntos. Réplicas y contrarréplicas. Cada día que pasa acentúa la gravedad de la situación para los alemanes. El Estado Mayor se ha dividido. En algunos oficiales subsiste un orgullo que no está en consonancia con el hambre y la miseria de las trincheras. El gobierno lucha por hacerse comprender.

Se llega a un acuerdo. El mariscal Foch señala lugar en las líneas francesas. Cinco automóviles se abren paso por el campo de batalla. Llueve. El barro imposibilita la marcha rápida. A veces se atascan los vehículos. Los delegados que llevaban la petición de paz están hundidos en la tristeza de su sino ahogados en el día de invierno feroz. Erzberger, secretario de Estado lleva, la voz de mando. Es el único que siente la emoción y la alegría de la paz próxima.

La entrevista se celebra en el Bosque de Compiègne. Bajo las copas tullidas por el cañoneo. Apretones de manos. Por vez primera desde hacía más de 52 meses, manos francesas y alemanas estrechan sufrimientos y promesas de amistad. El Armisticio estaba allí, sobre aquel paisaje de neblina y muerte.

El día once hizo 17 años. ¿Festejar el Armisticio? Imposible. ¿Cómo hacer alegría de una fecha que debió ser pacto perpetuo en tal día como ese si los cañones suenan más estruendosamente que nunca? El Armisticio de la guerra del 14 queda muy atrás. Podemos olvidaria. Hay que ir pensando en forzar marchas pacifistas para que el nuevo Armisticio no se haga esperar demasiado. Triste conmemoración de paz en plena guerra.

Leed EL RADICAL

Palurdismo español

Descripción del palurdo.—He hablado en ocasiones múltiples de los daños producidos en Castilla por una grave enfermedad llamada "el paludismo".

Hoy quiero ocuparme de otra más grave: "el palurdismo".

El palurdismo es una enfermedad moral estupefaciente, deprimente y degradante. Los que la padecen se llaman "palurdos"; y el palurdo es un animal que obra bien cuando no puede obrar mal.

Un palurdo no sabe nada de nada, ni tiene ideas ciertas sobre nada, ni discierne con sentido común acerca de nada. El está, sin embargo, bien persuadido de que lo sabe todo, de que tiene derecho a hablar de todo porque él es una atrocidad de listo, de que a él no hay quien le enseñe nada nuevo.

Es incapaz de raciocinio, de amor y de justicia. Desprecia el talento que no produce dinero; va a su provecho sin preocuparse del de los demás; se arrastra ante el fuerte y se ensaña con el débil.

Respira un odio viscoso. Odia al pájaro, al niño y a la flor: odia a la lógica y a la limpieza; odia a la máquina y al libro. Atribuye las consecuencias de sus desaciertos a la mala suerte y vive interiormente en estado de indignación perpetua contra todo cuanto alienta alrededor.

Es un foco perenne de cólera como los tigres. Así no basta decir que el palurdo es animal. Hay que añadir que es de la especie más feroz. Yo encuentro una especie de delectación en injuriar con el nombre de palurdo a cualquier bestia que, pensando en que no lo es no puede aplicarse a dejar de serlo

Y, en este punto, mido con igual rasero tanto al rústico incivil, perdido en las llanuras manchegas o en los riscos oretanos, como al señorito beocio que se encenaga en la política o se apacienta con el "dominó" y el "Blanco y Negro" en esos falausterios de hambrientos desorientados incapacitados, resignados, castrados, acobardados... y abogados, que se denominan ciudades de segundo orden y que desgraciadamente no escasean en este inacabable páramo central. Por la razón contraria me abstengo siempre de arrojar semejante dictado de palurdos sobre el montón de infelices ignorantes que humildemente reconocen su ignorancia. Y quedan todavía muchos de éstos, a pesar de la atmósfera de estupidez que se respira hoy en el mundo.

Más claro: quiero dar a entender que los que padecen de barbarie prehistórica por no haber tenido ocasión de progresar son en número mucho mayor que los que padecen de barbarie decadente por haberse contentado con un barniz de falsa civilización.

Conviene aprender a distinguirles. Si el lector desea perfeccionarse en este oficio, venga un momento en mi compañía.

Situémonos en la plaza de un pueblo al toque de oraciones, cuando los hombres regresan del campo. Vea cómo, según muere la tarde, van llegando a bandadas los yegüeros, muleros y boyeros; los pastores, escardadores, arrieros y gañanes; los aparceros y colonos; los arrendatarios y los labradores de poca tierra a quienes sus congéneres más ricos llaman despreciativamente "ladradores" Caminan presurosos porque saben que la cena les aguarda; pero no por miedo a que se les enfríe. Sus comidas son casi siempre fiambres y, además, de una simplicidad verdaderamente rudimentaria.

Helas aquí, según su misma receta:

Almuerzo, cuando le dan;
comida, cebolla y pan;
Y a la noche, si no hay olla,
vuelta al pan y a la cebolla.

Ahora prestemos atención. Vamos a presenciar un desfile de miserias.

Antes las fisonomías de estos hombres tenían al menos expresión humana; hoy van todas marcadas por el sello de la atrepsia, que quizá no ha dejado ya en Castilla ni un solo hombre verdaderamente fuerte ni una sola mujer verdaderamente hermosa.

Antes había aquí una indumentaria regional que indicaba siquiera comodidad y desahogo; hoy hasta eso se ha perdido. Ya no se envuelven en la amplia capa flotante que marcaba pliegues estatuarios a cada movimiento, como la clámide romana, ni se cobijan bajo el airoso y varonil sombrero de alas anchas. Ahora se abrigan con un guiñapo sucio llamado tapabocas, que parece inventado para servir de estandarte a todas las bellaquerías de la baja plebe; y se cubren con una sórdida boina llevada tan graciosamente como si tratasen de ocultar alguna enfermedad del cuero cabelludo.

Entre los que llegan vendrán pocos palurdos. Los palurdos se quedan en el pueblo. Son muy "distinguidos". No trabajan. Se creerían deshonrados yendo al campo a "remover tierra como los sapos". Por las tardes hacen sus corrillos para ver pasar a los que vuelven. Les miran irónicos; y ellos, como lo sospechan, yerguen el cuerpo, acortan el andar y pasan altaneros; parecen emperadores destronados. Estas actitudes arrogantes son el vestigio que les queda de la famosa "altivez castellana" a los cachorros de los Ojedas, Balboas, Alvarados y Alarcones.

El duque de Aumale quería que sus soldados presentasen armas a los viñedos y a los vendimiadores de Champaña.

Imitemos nosotros al duque aquel en lugar de imitar a estos palurdos. Saludemos a la mies en las personas de sus humildes sacerdotes.

Los palurdos han hecho la España negra que horrorizaba a Emilio Veraharen. Estos hacen la España taciturna que muere poco a poco sin exhalar un grito. Profesan la regla del silencio y de la abnegación indefinida. No viven; miran vivir a los demás.

Ni hablan, ¿para qué? "Así hemos encontrado el mundo y así le tenemos que dejar".

Ni intervienen en política—su único acierto—, ¿para qué? "Blancos o negros, ninguno les ha de sacar a ellos de pobres".

Se sienten como mutilados porque comprenden su inferioridad. Y, sin embargo, se agitan con inquietud porque sospechan que en las brumosas lejanías del horizonte social, a donde no alcanzan sus ojos, está fraguándose ya, como nuncios de esperanza, la tormenta de las verdades inflexibles. ¡Ah, si ellos consiguieran vislumbrar un solo rayo de luz que les guiara en el desierto! Si tuviesen cuando menos un punto sólido de apoyo! Pero tampoco lo tienen. No tienen nada. ¡No hay nada para los pobres ignorantes!

Los ignorantes, a pesar de todo, forman la inmensa masa anónima que es cimiento y raíz de nuestra nacionalidad. Casi nadie les conoce, porque permanecen invisibles, como todo lo que es raíz o cimiento; pero nosotros les conocemos y a ellos hemos dedicado siempre nuestro afecto más cordial. Son el pueblo y les respetamos; son los que producen y les amamos; son desgraciados y les reverenciamos, porque nosotros

nos descubrimos siempre con veneración ante la majestad de los trabajadores.

Ello no quita para que se encuentre lejos de mi ánimo el propósito de convertirme en su adulador. Cuando uno se ha envenenado con opio y pide que le dejen dormir, es preciso a todo trance mantenerle despier- aunque sea a latigazos. De lo contrario, es hombre muerto. Así lo que en este caso considero como deber humanitario no es celebrar sus virtudes, sino catalogar sus vicios y fustigarles sin piedad para que no concluyan por entregarse rendidos a los efectos del veneno. Quien bien te quiera, te hará llorar alguna vez, dice un adagio.

Julio Senador GOMEZ.

(Continuará).

Diálogo de tren

La escena, en el vagón restaurante de un tren, camino de Galicia, ya en la misma Galicia, mejor dicho. Llego tarde, y el "maitre" me señala el único hueco libre, frente a una dama, en una mesita para dos. Ella es joven, muy joven. Sabido es que toda mujer tiene cinco años más de los que ella confiesa y cinco menos de los que le echan sus amigas. Esta seguramente declarará con un cinismo extraordinario que acaba de cumplir los 22. Dejamos al lector la tarea de consumar la penosa operación matemática necesaria para deducir la edad de mi compañera de mesa. Tiene los ojos dulcemente melados; la boca es un óvalo ingenuo. Parecería una señorita si no viajase sola. En la mano, nada de anillo nupcial. Y sin embargo... Cierta languidez en la mirada, cierta resolución en el ademán, como de mujer que ya ha mandado a la cocinera a la plaza.. Toso por si se compadece de mí, pero ella se obstina en una indiferencia cruel. Se dolería más de que estuviera con el moquillo su perrito Sí, porque debe acariciar a un perrito pekinés. Parece lo bastante rica y estúpida para tenerlo.

El camarero es un hombre habilísimo. Habilísimo. No obstante, no puede evitar que en una curva sobre el Sil caiga algo de salsa sobre el bolso que la desconocida ha dejado en un extremo de la mesa. El delincuente recibe una mirada jupiterina. Entonces intervengo:

—Estos camareros...

—Este país...

—Señora, puedo garantizarle que mi país no tiene la menor responsabilidad en el hecho de que algunas salsas dejen manchas indelebles sobre ciertas pieles.

—Si no fuera tan montañoso..

—Sí; todos los tratadistas de geografía convienen en que el mayor inconveniente de los países montañosos estriba en que producen muchas incomodidades a los ocupantes de un vagón restaurante

—¿Es usted gallego?

Esto ya me alarma por modo extraordinario. Una amarga experiencia me ha probado que, por regla general, cuando otro español se dirige a un gallego es para hacerle cualquiera de las siguientes observaciones: "Pues nadie diría que es usted gallego"; "Yo creía que los gallegos no eran como usted"; "Es usted un galleguito listo"; "No; si cuando un gallego sale fino"... Acepté de antemano cualquiera de esas finezas con ánimo de ahorrárselas a la desconocida.

—Este incidente no importa; he oído decir que Galicia es una de las más bellas tierras del mundo.

—Eso es lo que más nos perjudica. Es cierto lo de la belleza, pero además lo explotan por ahí para que no nos incomodemos demasiado cuando nos suspenden la construcción de un ferrocarril, nos niegan un puerto o nos apedrean con un tratado perjudicial para nuestra ganadería. Vienen a decirnos: "Sí, es verdad, se quedarán ustedes sin comunicaciones rápidas, los pescadores no tendrán refugio para sus embarcaciones y hasta es probable que unos miles de campesinos mueran de hambre, ¿pero "qué quedrán" ustedes, si tienen un paisaje maravilloso, único? ¡Vamos a deteriorarles el paisaje construyendo muelles donde hay rocas y perforando montañas con el tubo sucio de los túneles? "Después de esto nos llaman una estupidez; nos llaman "la Suiza española". Y lo peor es que, a veces, les creemos.

—¿De modo que está usted cansado de oír cosas elogiosas de su tierra?

—En cierto modo, eso me fastidia mucho.

—Pues vamos a censurarla.

—Encantado. Yo la ayudaré.

—Verá... He oído que Galicia es un país atrasadísimo, plagado de leyendas y supersticiones medioevales.

—No puedo negar que cada gallego tiene un fantasma para su uso particular.

—Y ¿no es eso un atraso?

—Es una consecuencia de nuestro paisaje. Es un páramo, como Castilla, por ejemplo, es imposible encontrarse un fantasma por las noches, pero en nuestra Galicia, en donde los árboles de los bosques fingen sombras humanas y los pinos se quejan agoreramente y el agua en el profundo silencio murmura como algo vivo, ¿tiene algo de particular que haya fantasmas? El día en que la despoblación forestal no nos deje sin árboles, con el último castaño se irá el último fantasma de nuestra tierra.

—Luego, eso de la morriña...

—Tampoco se comprende en Castilla, en donde sólo caben dos trayectorias. Una sola resolución mejor dicho: renunciar. Y se renuncia por la ascensión mística hacia Dios o por la empresa guerrera que ensancha a Castilla bajo los cascos del caballo del Cid. No puede haber morriña, pues sería el absurdo de sentir nostalgia de la tierra de donde se huye. De la nuestra no nos vamos sino por la fuerza. ¿Cómo no hemos de recordarla ilusionadamente?

La dama me mira con cierta melancolía. Sospecho que ella también tiene recuerdos a los que da una sobrealimentación de ilusiones. Y desvío la conversación hacia otro sendero.

Fernández ASIS.

CORREO DE "EL RADICAL"

EL CIRCULO MERCANTIL

Nuestro particular amigo, don Manuel Ruiz de Cortazar, nos participa la toma de posesión en su cargo de Presidente del "Círculo Mercantil e Industrial", ofreciéndosenos en nombre propio, y en el de sus compañeros de Junta, en la importante función que han tomado a su cargo, en la que les deseamos los mayores éxitos, correspondiendo, por nuestra parte en afectuoso cordial ofrecimiento a coadyuvar con nuestra labor modesta a todo cuanto representan intereses ferrolanos.

La nueva Directiva de la expresada entidad quedó constituida de modo siguiente:

Presidente: D. Manuel Ruiz de Cortazar; Secretario: D. Tomás Folgado; Vice: D. Baldomero Martínez; Contador: D. Victoriano París; Tesorero: D. Gregorio Martínez; Bibliotecario: D. Marcelino Sánchez; Vocal primero: D. Germás E. Vázquez; ídem segundo: D. Juan Rodríguez Lis; ídem tercero: D. Antonio París, y cuarto: D. Ricardo Torres.

Imp. EL CORREO GALLEGO—12.356